

CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA
III ENCUENTRO CONTINENTAL DE MIEMBROS Y CONSULTORES
DEL CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA Y PRESIDENTES DE
COMISIONES DE CULTURA DE LAS CONFERENCIAS
EPISCOPALES DE AMÉRICA
“PARA QUE EN ÉL TENGAN VIDA”

*Los valores del Evangelio en la cultura de nuestros pueblos: tarea y misión de
los discípulos de Cristo en América*

San José de Costa Rica
27-31 de octubre de 2009

Los lugares y los agentes de la pastoral de la cultura

+ Fray Fabio Duque Jaramillo, ofm
Obispo de Armenia en Colombia
Miembro del Consejo Pontificio de la Cultura

“Hombre soy, entre hombres vivo.
Y nada de lo humano me es ajeno”
S. Agustín, Epist. 78,8

El tema general de nuestro Encuentro en su subtítulo nos lleva a contemplar la reflexión de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, reunida en Aparecida, Brasil, en mayo de 2007, formulada desde otra perspectiva, pero con una impronta particular que enriquece la reflexión.

Dentro de este amplio marco me corresponde hablar de lugares y agentes de la pastoral de la cultura. Tanto unos como otros han sido analizados en múltiples ocasiones y encuentros, no esperen, por lo tanto, mucha novedad en mis planteamientos y sea esta la oportunidad para refrescar desde una nueva perspectiva lo que se ha dicho de los lugares y agentes de esta pastoral que hoy nos ocupa.

I. Presupuestos

Antes de entrar directamente en el tema que me corresponde, quiero poner unos cuantos presupuestos para nuestra reflexión:

1-) El binomio de la evangelización de la cultura y de la inculturación de la fe tiene como fundamento la realización plena del hombre y de la mujer de manera universal en la propia realidad. Aun cuando el neologismo “inculturación” tuvo cabida en el lenguaje eclesial, sólo desde el sínodo ordinario sobre la catequesis en el año 1979, la realidad que expresa es tan antigua como la misma Iglesia. De ahí, que el documento “Para una Pastoral de la cultura”, publicado por el Consejo Pontificio de la Cultura el 23 de mayo de 1999, afirma: “En la Sagrada Escritura, Palabra de Dios, constituye la inculturación

originaria de la fe en el Dios de Abraham, Dios de Jesucristo”.¹ La Iglesia que vive para evangelizar y evangeliza para que todo hombre y todos los hombres lleguen a la plena realización como personas, encuentra en las culturas un medio privilegiado para llevar adelante su tarea. Evangelio y cultura se encuentran en el afán porque cada persona humana y todas las personas humanas sean cada vez más plenamente humanas. Desde la fe no hay contradicción entre espiritualidad y humanismo, toda espiritualidad que no lleve a vivir el misterio de la encarnación del Verbo en las realidades cotidianas del hombre no puede ser catalogada de cristiana y por tanto de evangélica.

2 -) Estos primeros pasos en nuestra reflexión ya nos llevan a comprender que no podemos manejar un concepto de cultura que no vaya en la línea de la dignidad de la persona humana, y nosotros desde la fe no podemos jamás dejar de afirmar que sólo el Evangelio ofrece los criterios para poder tener un diseño completo del verdadero hombre.

“*«Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad [...] Se trata también de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación».*”²

La Iglesia tiene este concepto arraigado en lo más íntimo de su pensamiento y por esto mismo cree que sólo en Jesucristo se desvela el misterio del hombre (GS n.22). Ya este mismo principio nos invita al convencimiento de que no es la cultura la encargada de juzgarse a sí misma, y que por el contrario es el Evangelio el que hace posible un discernimiento para poder purificar todo aquello que como un producto contracultural destruye el auténtico humanismo.

3 -) Otra premisa antes de comenzar el análisis de los lugares y de los agentes es la de repensar siempre la evangelización de las culturas y la inculturación de la fe, desde la doble perspectiva que una tal pastoral implica. Esta nuestra pastoral tiene dos aspectos que siempre irán unidos y separarlos nos alejará tanto de la evangelización como de la inculturación. Estos dos aspectos que viven unidos y se desarrollan juntos son los aspectos sociológico y soteriológico de la pastoral de la cultura. En muchas ocasiones incluso y sobre todo en nuestros países latinoamericanos y del Caribe nos hemos inclinado más por el aspecto sociológico, que sin negarle su importancia, no es el fundamental de la pastoral que nos atañe. Para poder comprender esta realidad es indispensable haber asimilado el paradigma de la pastoral de la cultura que no es otro que el misterio de la Encarnación. El Evangelio se sigue encarnando hoy en los hombres y mujeres que perteneciendo a una cultura hacen presente el amor de Dios en medio de sus semejantes. Haciendo presente el amor de Dios, hacen realidad una dimensión, que

¹ Cf. Consejo Pontificio de la cultura, *Para una pastoral de la Cultura*, n. 3

² Cf. Consejo Pontificio de la Cultura, *Para una pastoral de la cultura*, n.4

de lo contrario sería desconocida para influir en todos los campos en los que el hombre realiza su quehacer cotidiano: la economía, la política, la ecología, el trabajo, el estudio, la familia, etc...

4 -) La tercera encíclica del Papa Benedicto *Caritas in veritate*, nos da pie para proponer un nuevo presupuesto a nuestra reflexión: El Papa coloca el centro de su reflexión en la persona humana, desde allí enfoca todo el tema social, y plantea como la cuestión social termina siendo la conclusión gozosa de una conversión integral del hombre. La encíclica se puede entender como un verdadero proceso de pastoral de la cultura, donde se puede percibir los lugares y los agentes con los cuales y en los cuales la Iglesia cumple su misión.

5 -) Siendo la pastoral de la cultura una experiencia de fe, tiene unos principios que no se pueden descuidar para poder ser fiel a lo que se pretende. Estos principios que fueron enunciados en relación con la inculturación de la liturgia, tienen valor para todo proceso de evangelización inculturada. Estos principios son dos. El primero hace relación al contenido de la revelación y pide la fidelidad a la totalidad del depósito de la fe como criterio válido y estricto para poder juzgar la validez de los procesos de inculturación. El segundo tiene que ver con la unidad de la Iglesia y con su universalidad, la evangelización de las culturas no es para dividir sino para que la Iglesia enriquecida con los dones propios de las diferentes culturas, sea un principio de unidad de todos los pueblos en el único pueblo de Dios. La inculturación se convierte así en elemento de unidad y no de uniformidad.

6 -) El Evangelio no es una cultura. La cultura para el hombre no puede ser un absoluto y cuando este hombre es de fe, éste hombre comprende más fácilmente que no es la cultura la que juzga el Evangelio, sino al contrario es el Evangelio el que juzga las culturas. Esto que parecería tan claro, me parece a mí, en mi experiencia de pastor, que no lo es tal, incluso en algunos que se caracterizan por cierto nivel de preparación teológica, que sin embargo, no tienen claridad sobre el proceso de la evangelización de las culturas. La precisión en estas concepciones será el que nos permita llegar al diálogo fecundo con las culturas, porque nos permitirá llegar al *ethos* de cada cultura. No olvidemos que por *ethos* entendemos “los valores morales más altos, las concepciones ideales de la vida, las inspiraciones dominantes del comportamiento colectivo. El *ethos* tiene una acepción más amplia que la ética o la moral, si esta viene entendida como un código de conducta o como el conjunto de reglas del bien y del mal. El *ethos* se refiere, de manera más comprensiva al ideal colectivo que da razón de ser fundamental a un grupo. El *ethos* indica la finalidad y las más altas cualidades de una cultura”.³

³ H. Carrier, *Dizionario della cultura. Per l'analisi culturali e l'inculturazione, Ethos. Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 1997.*

En este nuestro III Encuentro Continental de miembros y consultores del Consejo Pontificio de la Cultura y de presidentes de Comisiones de Cultura de las Conferencias Episcopales de América, hemos hablado con verdad pero con optimismo de las diversas situaciones en las que se mueve la persona humana. Algunas de las intervenciones nos han colocado frente a un hombre que se mueve en infinidad de conflictos. La convicción de la Iglesia es que tiene una respuesta para este hombre y es ésta respuesta la que nos permite ser optimistas, porque las personas cada vez más caminan hacia un sin sentido de sus propias vidas y quienes están al frente de los gobiernos de nuestras sociedades latinoamericanas están asesinando la esperanza. La Iglesia con una pastoral de la cultura desarrollada integralmente con una visión clara de humanidad es tabla de salvación en los momentos difíciles de nuestros países. Ante las realidades que enfrentamos y que ustedes han descrito con lujo de detalles en estos días, nuestra evangelización inculturada, nos pide encontrar en la fe el motivo para esperar contra toda esperanza.

II. Los lugares de la Pastoral de la Cultura

En el Documento *Para una pastoral de la cultura* se nos presentan la multiplicidad de lugares en los cuales la Iglesia está llamada a realizar la evangelización de las culturas y la inculturación de la fe. Poco a poco las Iglesias particulares han ido comprendiendo que esta pastoral no es una pastoral de lujo, sino que es la pastoral que está a la base de todas las demás pastorales, para predisponerlas de tal manera a la acción del Espíritu que las fecunda. La pastoral de la cultura, en último término es el esfuerzo del hombre, que hace lo posible para disponer todo lo auténticamente humano para que el Espíritu lo fecunde. Es por tanto la pastoral de la cultura la que dispone de todos los medios a su alcance para que el hombre de hoy diga su *fiat* al misterio de la Encarnación, comienzo de la realización plena del Misterio pascual.

La catolicidad de la Iglesia nos plantea que no hay lugar vedado para una pastoral de la cultura. El Documento del Consejo Pontificio de la Cultura, al que ya nos hemos referido, nos presenta “lugares ordinarios” de la pastoral de la cultura, dándonos pie, sin que lo diga, a que existieran “lugares extraordinarios”. El elenco es bastante completo y yo me permito recordarlo: la piedad popular, la parroquia, las instituciones educativas, los centros de formación teológica, los centros culturales católicos, los medios de comunicación social e información religiosa, la ciencia, la tecnología, la bioética, la ecología, el arte y los artistas, el patrimonio cultural, el turismo religioso y los jóvenes. En estos campos hemos profundizado y seguiremos haciéndolo para potenciar nuestra acción pastoral.

Naturalmente por más que queramos ser exhaustivos en hacer un elenco de los lugares de la evangelización inculturada nos quedaremos cortos, porque tal acción no tiene

límites. Allí donde se encuentre una persona humana, allí hay un lugar para la pastoral de la cultura. El hombre como lugar de la pastoral de la cultura es en primer lugar el sujeto de la evangelización. Tarea que comienza con la recepción del primer anuncio pero que no concluye sino con la muerte. El hombre, lugar de nuestra evangelización, tiene una mentalidad que es producto del desarrollo de las ideas y de la “catequesis” que el mundo da y que en el momento en que nos corresponde vivir no parecería que quisiera favorecer nuestro quehacer pastoral.

Del universo de misterios que asombran al hombre, uno posee particular hondura: él mismo. El hombre se muestra a sí mismo como misterio. Este enigma adopta forma de paradoja -de drama-: el hombre posee anhelos que no puede colmar por sí mismo. Así podría enunciarse esta secular antinomia antropológica: el *desiderium naturae* inscrito en el corazón del hombre supera su propia *natura*. Sin embargo, como si de una profunda y amiga voz venida de un “genio benigno” se tratase, éste escucha en su interior: “*desiderium naturae non potest esse inane*”.

Hoy tiene especial importancia hacer hincapié en esta piedra angular de la reflexión filosófica, pues desde el siglo XVIII un conjunto nutrido de pensadores ha intentado convencer a occidente de que el hombre es un ser radicalmente finito, sin mezcla alguna de anhelo de infinitud; de que -como dijera Lévi-Strauss- “*la mente humana es una cosa entre cosas*”. De Fontenelle a Sartre, pasando por Reimarus, La Mettrie y Hume, Condillac, Lessing, Comte, Feuerbach, Marx, Haeckel, los neokantianos de Marburg, Nietzsche, el idealismo crítico francés, Carnap, Marcuse, Adorno, Ayer, Lacan... se ha ido fabricando delusoriamente la tan débil *carta magna* de la finitud.

En la última etapa de este proceso se dio un hecho: sustituir el Infinito por un sucedáneo (el *hombre nuevo* en Marx, la *sociedad* en Comte, el *superhombre* en Nietzsche) como modo de negar a Dios, tal como explícita y radicalmente sucederá en Sartre. En Sartre la pura negatividad abrumba al hombre. Del asombro filosófico de los griegos que abría a la verdad como *alezeia* se ha llegado a un siniestro puerto: la náusea sartreana que quiere enterrar al hombre en la muerte de la mentira.

Pero no, no es éste el camino que hemos de recorrer como hombres. Nosotros hemos de recuperar de nuevo para la cultura, para la Filosofía y para la Fe un dato radical: que el hombre ni es simplemente finito ni simplemente infinito; sino que el hombre es una realidad que, sabiéndose contingente, anhela una plenitud que escapa a sus posibilidades. La finitud del hombre está transida de infinitud.

Si hacemos justicia a nuestra propia experiencia existencial reconoceremos que no podemos *pacificarnos* en nuestra finitud. Lejos de sumergirnos en una náusea de

soledad y sinsentido, nos abrimos al exterior, al **ser**, buscando la plenitud y es aquí donde adquiere sentido nuestra pastoral de la cultura.

La Ciencia, lejos de lo que el neopositivismo, ya superado, tratara de argumentar, se abre necesariamente el paso al plano metafísico para la explicación del mundo. Éste es el salto que todo análisis del mundo ha de dar: de lo físico a lo metafísico, de los jonios a Parménides, de Sancho a D. Quijote. Tal salto es, además, de ida y vuelta: lo metafísico queda vacío sin lo físico, lo físico queda sin sentido ajeno a lo metafísico.

Quizá ahora quepa decir con la fuerza del incipiente existencialismo de Kierkegaard: “*La desgracia de nuestra época es que posee demasiados conocimientos, pero ha olvidado lo que significa existir*”⁴. Podría servirnos este grito anti-intelectualista del filósofo para encontrar conclusiones para alcanzar al hombre con el que tenemos que realizar nuestra acción evangelizadora.

Cuando se trata, pues de la pastoral de la cultura y de un trabajo que está en función de que el hombre pueda integrar en su vida la verdad y el amor como camino hacia la plenitud, es el gran Agustín quien nos presenta lo que para mí sería el objetivo fundamental de la pastoral de la cultura y su campo de acción allí donde se encuentre un hombre. El Filósofo y teólogo de Hipona nos decía:

“*¿Qué otra cosa desea nuestra alma con más vehemencia que la verdad? ¿De qué otra cosa el hombre está más hambriento? Y ¿para qué desea tener sano el paladar de la inteligencia sino para descubrir y juzgar lo que es verdadero, para comer y beber la sabiduría, la justicia la verdad y la eternidad?*”⁵

Este es el hombre que nos corresponde evangelizar, quizás no es aquel que a nosotros nos gustaría, sin embargo es el que existe y es este y no otro el que Dios quiere salvar. Para todos los lugares en donde está el hombre han sido enviados los apóstoles y sus sucesores a hacer discípulos del maestro. Es aquí donde se hace indispensable nuestra creatividad para presentar el único mensaje de salvación en la novedad que nos ofrece cada cultura.

Desde el nacimiento del Consejo Pontificio de la Cultura en los documentos de la Iglesia y unido a la pastoral de la cultura se ha comenzado a hablar de los nuevos areópagos, tomando como modelo la intervención del apóstol Pablo en el Areópago de Atenas. De Pablo hemos de alabar que aprovecha toda ocasión para anunciar el

⁴ Kierkegaard, S., *Postscriptum définitif et non scientifique aux Miettes Philosophiques*. Versión inglesa: *Concluding Unscientific Postscript*, Princeton University Press, Princeton, 1974, p.240

⁵ San Agustín, *Sobre el evangelio de S. Juan*, 26.

acontecimiento que le ha cambiado la vida y en este sentido es plenamente válida la figura que se ha presentado para indicarnos los lugares de la pastoral de la cultura. debemos aprender la valentía para que ningún lugar este vedado para el anuncio gozoso del Evangelio y sobre todo para utilizar incluso el lenguaje que haga atrayente el Evangelio, pero sin desvirtuar la totalidad del anuncio.

Ningún espacio puede ser despreciado, y en todos hemos de promover el diálogo como un medio de evangelización. La Iglesia no existe para dialogar sino para evangelizar, pero utiliza el diálogo para cumplir con su misión esencial. Tal diálogo pide de los católicos una identidad profunda que reconoce elementos “no negociables”. No es fácil el anuncio del Evangelio en los “nuevos areópagos”. Los exiguos frutos que humanamente nos presenta el texto de los Hechos de los apóstoles, nos llevan a mirar desde la perspectiva de la fe, que nos lleven a la experiencia de Pablo no nos puede desanimar, aun cuando si nos ayuda a tomar puede Esperamos eso sí que el resultado de nuestros nuevos areópagos pueda traer mejores resultados que el desenlace de la predicación paulina. Tocar el centro del anuncio del Evangelio en los nuevos areópagos quizás produce la misma reacción que se dio entre quienes escucharon el kerigma del apóstol de las gentes. Él, “de esos temas te oiremos hablar en otra ocasión”, se sigue repitiendo, pero esto no puede ser razón para que nosotros callemos el anuncio explícito de la “muerte y resurrección de Jesús”, noticia que sin saber esperan todas las culturas y todos los hombres que viven angustias insospechadas. El querer de muchos de enviar a la Iglesia a la sacristía, puede cambiar la vida de los interlocutores que escuchan. El hablar a tiempo y a destiempo, en todos los lugares sigue siendo válido y hoy más que nunca es necesario defenderlo frente a unas pseudo-culturas, que en nombre de la libertad pretenden callar el único mensaje que hace pueblos y culturas libres que ayudan a los hombres a ser libres. Desde el Papa Juan Pablo II se

Lugares de la pastoral de la cultura

Contemplando la catolicidad de la Iglesia no podemos limitar tampoco en este campo la universalidad tanto de los lugares como de los agentes de la pastoral de la cultura.

III. Los agentes de la pastoral de la cultura

Potencialmente todos los bautizados son agentes de la evangelización de la cultura y de la inculturación de la fe, sin embargo no todos tienen la capacidad para tal servicio. En la evangelización de la cultura es indispensable unir las capacidades propias de la inteligencia humana al testimonio. La cultura sólo puede ser evangelizada y por tanto trasformada por testigos. Si los intelectuales no se improvisan menos los testigos. Por eso en función de la formación de los testigos, creo poder decir que el primer agente de la pastoral de la cultura no son los individuos sino y de manera fundamental la comunidad, que es donde se forman los cristianos. De aquí surge la importancia de una evangelización que promueva la creación de comunidades, en las que se viva la experiencia cristiana y se pueda comprobar la veracidad de las palabras en la vivencia de la caridad fraterna. Es allí donde están llamados a formarse todos los agentes de la

pastoral de la Iglesia en todos los niveles y por tanto también para la pastoral de la cultura. Sin comunidad cristiana que, de alguna manera, avale la verdadera conversión y el auténtico testimonio no existirán agentes válidos para una tarea tan ardua como la pastoral de la cultura. Sólo una comunidad que testimonia el Evangelio, termina transformando la cultura.

A mi manera de ver la falta de profundidad en el aspecto comunitario de la conversión trae como consecuencia un ambiente que no favorece el testimonio y sobre todo no hace creíble el Evangelio.

Todo agente de la pastoral de la cultura tiene por delante una gozosa tarea para el siglo XXI, la de recuperar, defender y fomentar la dignidad y vocación trascendentes del hombre, porque es Dios quien manifiesta plenamente esa dignidad y trascendencia del hombre. Hablar del hombre es hablar de Dios.

Y en el fondo, la cuestión que ahora se nos plantea no es tanto la posibilidad de hablar de Dios en este siglo, sino más bien de cómo hacerlo a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Lo que está claro, fuera de toda duda, es que el ser humano, hoy, ayer y siempre, tiene necesidad de Dios. Lo primero que cabe decir es que hay que recuperar a Dios como verdaderamente existente. Expliquemos qué se quiere decir con esto.

El hombre moderno dejó a Dios de lado, perdió a Dios, cuando se separó de la existencia, de lo realmente existente. Para nosotros, los hombres, lo existente particular es nuestra *via ad res*, nuestro camino hacia Dios. No podemos buscar a Dios en el mundo de las ideas, pues ese dios no colma la voluntad.

Dios, el Dios existente, no es una teoría; es una realidad y el hombre ha de volver a experimentar y gozar su condición creatural, su naturaleza de ser creado, su propia existencia para agradecer la existencia propia de Dios. Nos toca, además, en esta época recuperar la experiencia apasionante de Dios, porque lo peor de esa separación de la existencia, ese alejamiento de lo real, es que la voluntad se seca y no encuentra dónde arimar sus ansias de pasión. A nadie le apasiona un concepto, sino una realidad existente. De ahí que el drama del hombre moderno se deba, tal vez, a su falta de pasión.

“Es imposible existir sin pasión, a no ser que entendamos la palabra existir en un sentido debilitado, refiriéndonos a una existencia que no es propiamente tal”, señala Kierkegaard⁶. Un hombre clausurado, cerrado, por su inmanencia, no mueve su vida, simplemente la adormece, la duerme. Un hombre sin pasión, desapasionado, ha perdido el motor de su existencia, pues “precisamente en el momento de la pasión el individuo recibe un impulso para existir”⁷.

La pasión que cada uno experimenta en su propia vida no es una fuerza difusa, sin rumbo, sin dirección, porque es el entendimiento quien la dirige, de ahí que “la máxima tensión de la subjetividad humana encuentra su expresión en el interés infinitamente

⁶ Kierkegaard, S. *Postscriptum définitif et non scientifique aux miettes philosophiques*. Versión inglesa Concluding unscientific postscript, Princenton University Press, Princenton, 1974, pág. 276

⁷ Kierkegaard, op. cit. pág. 358

apasionado en la felicidad eterna”⁸. Esa es, precisamente, la dirección de nuestra vida, la meta de todo hombre, la felicidad eterna. Y quien se agosta en la inmanencia se pierde este horizonte y vive sólo para la muerte. Por el contrario, quien alimenta su pasión, hace de su vida una lucha, “la existencia misma, el acto de existir es una lucha”⁹.

De este modo, la pasión presente en una vida en lucha, “no puede ser sólo cuestión de palabras sino que debe transformar la entera vida del individuo”¹⁰.

Tal es la aventura del hombre: arriesgarlo todo con tal de alcanzar la vida plena. El hombre inmanente no arriesga, sino que construye falsas seguridades. En la cordura de esa segura racionalidad no cabe Dios. Dios arraiga en el hombre desprendido de sí, en el hombre sanamente loco, tal y como apunta Kierkegaard: “Arriesgar es siempre una locura; pero arriesgarlo todo por la esperanza de una felicidad eterna es la más alta locura. Pedir certeza, por el contrario, es prudencia; pero es también la excusa para eludir el riesgo y sus dificultades, y para transferir el problema al reino del pensamiento o a meras palabras”¹¹.

Quizá al haber perdido nuestro impulso originario (históricamente y muchos de los cristianos de hoy), por ser tibios, por estar sirviendo a Dios y al dinero, nuestro cristianismo ha terminado siendo un conjunto de normas, un discurso, unas leyes, unos ritos.

Pero en su originalidad y radicalidad más profundas, el cristianismo no es un conjunto de normas, una mera tradición, un conjunto de leyes e ideas morales –eso sería un moralismo vacío y asfixiante-; ni un conjunto de ritos y de prácticas –eso sería un ritualismo farisaico-; ni un tipo de discurso o un conjunto de razones –eso sería un simple dogmatismo-; ni es nada al margen de la vida cotidiana.

El cristianismo es un acontecimiento presente y vivo en la Iglesia. Es Cristo mismo.

Por eso, si nos preguntamos cómo es posible hablar de Dios en el siglo XXI, la respuesta sólo es una: desde el testimonio, que no hable sólo la razón, sino la persona entera. “El hombre de hoy escucha de mejor grado a los testigos que a los maestros; si escucha a los maestros es porque son testigos”¹².

Quiero concluir con una historia, que presenta San Gregorio de Nisa en su pequeño opúsculo titulado: *Sobre lo que significa llamarse cristiano*. Este Padre de la Iglesia toma prestado este relato del escritor clásico Luciano.

“Cuentan de un titiritero en Alejandría que había entrenado a un mico a bailar con cierta gracia; vistiéndolo con trajes apropiados para la ocasión, disfrazándolo con una máscara de bailarín, y acompañándolo de un coro, se ganaba la vida y hasta llegó a hacerse famoso con el simio, que se retorcía al compás de la música y disimulaba su natural de mico en todo lo que hacía y aparentaba ser. Pero un día, mientras el público estaba entusiasmado con la novedad del espectáculo, una persona avisada de entre los presentes mostró al resto de los espectadores, que el supuesto bailarín no era más que un simio, gracias al truco siguiente: mientras todo el mundo

⁸ Kierkegaard, op. cit. pág. 51

⁹ Kierkegaard, op. cit. pág. 84

¹⁰ Kierkegaard. Op. cit. pág. 346

¹¹ Kierkegaard. Op. cit. pág. 381

¹² EN, 40

aplaudía y coreaba los movimientos del mono perfectamente acompañados con la música, dicen que el individuo éste tiró al tablado algunas de las golosinas que excitan la glotonería de esos animales; a lo cual el mico, sin dudarlo ni un minuto, en cuanto vio los cacahuetses desparramados por el suelo enfrente del coro, se olvidó del baile, de la música y del disfraz y se lanzó por ellas, rebañándolas del suelo y poniéndolas en la palma de la mano. Y para que la máscara no le impidiera disfrutar de su banquete, se la arrancó con las uñas, provocando inmediatamente la carcajada de los espectadores, en vez de los elogios y la admiración habituales, cuando con su cara de mono, fea y ridícula, apareció detrás de la máscara”¹³

San Gregorio de Nisa cuenta con mucha naturalidad esta historia, para decir que son muchos los que se llaman cristianos, o hasta presumen de serlo, y no lo son, porque no soportan la prueba de los cacahuetses, ¿para qué dar ejemplos? El mundo está lleno de micos, de mil colores distintos, disfrazados de cristianos. En tiempo de San Gregorio, justo un poco después de que el emperador romano se convirtiera al cristianismo, el hacerse cristiano estaba de moda. Pero San Gregorio, lejos de halagar a esos simios vestidos de cristianos, deja muy claro que una cosa es llamarse cristiano, y otra muy distinta es seguir bailando con el escenario lleno de cacahuetses. Hoy, las circunstancias son distintas. Llamarse cristiano no está de moda. Pero el enemigo -que sabe más por viejo que por diablo- se ha leído sin duda la parábola de San Gregorio, y el escenario está lleno de cacahuetses; tanto que casi es imposible bailar sin pisotearlos. A lo mejor, por eso bailan tan pocos. A lo mejor, por eso el nombre de cristiano -el nombre más bello que un hombre pueda llevar inscrito en sus huesos, el más grande título de nobleza que haya existido jamás en la historia de nuestra raza- no evoca en muchos hombres la admiración y el deseo de bailar, sino la carcajada, o a lo sumo, esa especie de sonrisa benévola que se tiene para los maníacos o los tontos. A lo mejor, esos hombres no han visto bailar a un cristiano verdadero en su vida. A lo mejor -a lo peor- todo lo que ha visto son monos y nunca un cristiano.

Que la vida, que nuestra vida, la vida de todos y cada uno de nosotros, sea expresión viva de la pasión por Dios vivo y presente en su Iglesia en la persona de Jesucristo.

Muchas gracias.

¹³ Gregorio de Nisa, *Sobre lo que significa llamarse cristiano*.